

Señoras y señores:

Discurso a la  
Mujer Madre.

Porque en el drama íntimo del hombre se encuentra el dilema de su salvación o de su pérdida, pérdida o salvación que es también el problema de la Patria, y habrá de resolverse entre soplos de angustia y alientos de victoria, por la influencia de la mujer mexicana; porque una mujer incubó la primera etapa de la lucha por la independencia; porque ella ha sufrido y sufre más que el hombre los dolores y miserias de nuestra raza; porque si el mexicano tiene en su calidad de varón los vicios ancestrales de las dos fuerzas raciales que fundieron en el beso trágico de la conquista, la mujer, en cambio resulta un compendio de las virtudes de los dos troncos étnicos; porque ella no ha alcanzado parte equitativa de las ventajas del progreso y de la Revolución, incluso la de morir sin dolor en el combate, en el alzano, y mucho menos ha obtenido justicia ni en la economía, la política o la educación; porque siendo núcleo del hogar, vemos al examinar nuestro pasado inquieto y doloroso, que no se ha contagiado del vicio, de la ambición, del odio, del afán de poder que ha convertido en foragidos a tantos héroes de los bandos en lucha, y representa, para el futuro la posibilidad de ser vaso y molde de las nuevas generaciones mexicanas, con su amor, su piedad y su espíritu de paz y de perdón; porque si el hombre se ha tornado a veces en un ser de rapina ella ha sido en cambio sol de justicia y paloma de paz; porque si el hombre es cerebro ambicioso, la mujer es corazón piadoso y mano consoladora; porque la mujer siendo esclava ha pedido con su carne de sacrificio y su alma de conciliación, ate nuar la rapacidad y la crueldad de la sociedad en que vivimos, como recordando que fue en otros tiempos el dulce instrumento de que se valió el cristianismo para transformar los corazones de la sociedad romana; por todo lo dicho, grande es mi satisfacción al hacer un esfuerzo para elogiar, no ya a la simple mujer, sino a la más valiosa, "la que conoce el secreto de Dios", la que es fuente

inagotable de bálsamos de cordialidad, de ternura y de misericordia. Hablo, Señoras y señores, del ser venerable por excelencia; hablo de la madre. La mujer representa una fuerza incontrastable en el mundo, porque no hay hombre que no deba su formación espiritual, su dinámica de acción, a una mujer. Sino que esta fuerza no ha dado los resultados que era posible esperar, por una razón muy sencilla: no todas las mujeres que han dado impulso a nuestras vidas, han sido madres. Y por no serlo, es por lo que existe aún el mal en el mundo, mal que de otra manera hubiera desaparecido. Si todo corazón femenino, dicen los poetas, lleva en su fondo a un niño dormido, sólo las madres saben despertarlo a la vida del deber, de la virtud, del heroísmo, de la santidad. Solamente la madre es modeladora, sólo ella es ejemplo, sólo ella es dulce mandato, suave molde para conducta del buen ciudadano. Si algún día reina en el mundo la paz, esta paz constantemente amenazada; si algún día llega a imperar sobre la tierra la prosperidad, y en lugar del afán destructor de los hombres se anula en sus almas el deseo de ser justos, de ser hombres de buena voluntad, como cantaron en el nacimiento de Cristo los coros misteriosos y divinos, será cuando los códigos de las naciones todas estén escritos no con las plumas de los gobernantes que destilan doblez y traición a los ideales, no con las plumas de los políticos diplomáticos que inspira la hipocresía, sino cuando tales códigos estén escritos con el vértice de los corazones de las madres. Porque ellas, que dan la vida, buscarán que la vida sea noble y elevada para que sea duradera, para que sea eterna. Ellas serán entonces las enemigas de la muerte, las que combatan la guerra armada, la guerra económica, la guerra por antipatías y odios. Las madres impondrán en el mundo leyes de amor, porque eso, y solamente eso querrán para los frutos que maduraron en sus entrañas, para sus hijos. Por lo que las madres han dado al mundo, desde los cantos de cuna, des-

pués de los dolores de la concepción y del alumbramiento, hasta las angustias de velar sobre los lechos del esposo y de los hijos enfermos; desde las ternuras de las confidencias en que es consejera, hasta el momento de cubrirse de luto sobre los ataúdes o sobre los sepulcros; por todo ello, es que la humanidad y de la humanidad todos los nacidos, considerados individualmente, ya que todos hemos nacido de mujer, estamos obligados a rendirles culto. Por eso hoy, cumpliendo ese deber, ofrecemos a las madres presentes y ausentes, a las vivas y a las que ya guarda la tierra, este acto de respeto y de glorificación.